

Los pocos, los mejores y las matrices de actividad

The few, the best and the activity matrices

José Luis Moreno Pestaña

Universidad de Granada

RESUMEN

El presente artículo traza el contexto de la escritura de *Los pocos y los mejores*. Se sostienen tres tesis. En primer lugar, que en el ciclo político abierto en 2008 predominó una interpretación muy sesgada de la crisis económica. En segundo lugar, se defiende que la referencia a Marx fue un obstáculo para comprender los conflictos vinculados al capital cultural, los cuales tendrían una importancia enorme en la experiencia política de la izquierda. En tercer lugar, en fin, se sitúan las dificultades de la experiencia democrática frente a dos grandes matrices de práctica política: una procedente del leninismo y otro del capitalismo empresarial.

PALABRAS CLAVE: crisis económica, marxismo, capital cultural, neoliberalismo.

ABSTRACT

This article traces the context of the writing of *Los pocos y los mejores*. Three theses are sustained. First, that the political cycle that opened in 2008 was dominated by a very biased interpretation of the economic crisis. Secondly, it is argued that the reference to Marx was an obstacle to understanding the conflicts linked to cultural capital, which would be of enormous importance in the political experience of the left. Thirdly, finally, the difficulties of the democratic experience in the face of two great matrices of political practice are placed: one coming from Leninism and the other from entrepreneurial capitalism.

KEY WORDS: economic crisis, Marxism, cultural capital, neoliberalism.

Quienes contribuyen a esta conversación sobre *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político* aciertan a situar la obra en el contexto de la gran crisis abierta en 2008. El libro forma pretende ayudar a la ampliación de la imaginación política, cuestión central que destaca Violeta Garrido en su aportación. Lo escribí tras una experiencia militante y académica de reflexión sobre la democracia de asambleas y el sorteo, asuntos que tienen y tenían una importancia ínfima en la filosofía y sociología políticas hegemónicas. Pretendía hacer un libro académicamente serio y accesible de filosofía de la democracia. Por tanto, toca radicar en los ejes del periodo este comentario a las aportaciones de mis interlocutores.

La experiencia de la crisis pudo leerse en tres planos. En primer lugar, afectó a las condiciones económicas de reproducción de la posición social. Entre quienes practicaban alguno, disminuyó las posibilidades de hacer negocio. En bastantes casos, arruinó las posibilidades asociadas con una supervivencia normal, ese mínimo moral que, según Marx, ordena las retribuciones —monetarias o en forma de servicios— que estamos acostumbrados a recibir. En segundo lugar, la crisis impidió que ciertos recursos culturales abrieran circuitos de inserción social exitosos: hizo descender el valor de las credenciales y enfrentó a los sujetos a la devaluación de sus títulos. En otros casos, incrementó las dificultades de acceder a credenciales académicas, ya sea por alza de precios universitarios o por las nuevas exigencias vinculadas a la crisis económica: las personas no podían aplazar perseguir un empleo o compatibilizarlo con los estudios. En tercer lugar, la crisis alteró los lazos sociales de las personas: imposibilitó cultivarlos por la pérdida de empleo, confrontó a la clase media que trabajaba en la industria financiera con dramas terribles de quienes eran sus clientes e impulsó a muchos individuos a buscar nuevas redes que les permitieran sobrevivir y mejorar su situación. Por supuesto, los recursos económicos, culturales y sociales impusieron formas diversas de hacer frente a tales estragos (Moreno Pestaña, Costa Delgado, 2023).

La crisis se leyó ignorando las situaciones complejas en el análisis de la desigualdad.

Económicamente, el análisis tendió hacia el miserabilismo. Se ignoró el fenómeno social del keynesianismo de precio de activos, el cual permitió un alto consumo vía una inyección financiera que convive con la degradación de las condiciones laborales. La concepción miserabilista de la crisis se fijó poco en sujetos inversores socialmente diversos, no solo de clase media, los cuales confían su poder de compra a la financiarización de sus propiedades.

Disponíamos de una obra mayor para comprenderla en el caso español, escrita por Isidro López y Emmanuel Rodríguez (2010). Mas la cuestión no es de buenas o malas lecturas. Se podía haber leído sin comprender e, incluso, cabe discutir si la línea política de sus autores —también actores militantes— registra todo cuanto analizan.

Sea como fuere, y por desgracia para la lucidez política, se impusieron dos ideas: la de un fordismo bueno y un neoliberalismo malo y la de que todos formamos un conjunto frente a una reducida casta de vampiros. Dentro de esa casta cada cual incluye a quien quiere: los banqueros, los políticos, los funcionarios, Soros y Davos o hasta, yo lo escuché, los *Illuminati*. Fuera de ese grupo ínfimo y perverso, la inocencia: la que no sabe de explotación de migrantes, de inversiones hipotecarias aventureras o de parques automovilísticos de lujo con sueldos modestos. Somos inocentes, nos han engañado. No es una crisis, es una estafa: eso gritábamos.

Por supuesto, muchos fueron golpeados por una crisis económica, aunque estuviesen en posiciones diferentes. Y, en ese momento, no faltaban relatos doctos a los que agarrarse: la idea ultraliberal de que los políticos son una clase extractiva (son ellos los vampiros), la marxista de que la crisis del valor provoca la pérdida de empleos y produce el nihilismo (en este caso, todos, hasta los capitalistas, son víctimas del tsunami que supone el fin del valor que pronto lleva al apocalipsis) o la de que todo se debía a la perversión de la democracia. En el terreno más específico de la política aún no había comenzado la crisis del socialismo del siglo XXI, en alguno de cuyos ejes se cultivaban carreras de experto político. Aquel espacio socializó en la condición de cuadro y dio lugar a un conjunto de agentes que pronto se reconvirtieron al peritaje político en nuestro país. La aportación de Pablo Beas finaliza recordando el tenor de las cualidades presentadas, la mayoría de las cuales solo sirven para proporcionar poder a quienes las promueven.

Por tanto, hubo una constelación predominante para analizar la crisis económica. Tuvo bastante extensión la teoría neoliberal de los políticos rentistas, la cual escuché con pavor a más de un dirigente de Podemos cuando señalaba que todos, derecha e izquierda, eran lo mismo y allí estaban las *tarjetas black* de Bankia para demostrarlo. La acusación pronto la aprehendería la derecha, empezando a acusarles de beneficiarios de la corrupción política en Ecuador o Venezuela. La imagen de que los peores rentistas de la política eran los izquierdistas asesores en Latinoamérica es falsa: tanto como la que todos los políticos eran rentistas o de la idea espantosa de que la democracia puede funcionar sin salvaguardar económicamente a los representantes públicos. Jesús Ángel Ruiz Moreno alude al problema en su intervención: una política sin condiciones materiales

incluyentes es un mercado cautivo para rentistas, burgueses y diversas variedades de liantes ociosos.

Entro ahora en la ignorancia de la desigualdad cultural. Debido a la crisis se despertó un enorme interés por la tradición marxista. La resurrección de un cierto Marx —sobre todo el de *El capital*— fue una enorme victoria, porque permitió extender el conocimiento de un clásico obliterado por el consenso liberal: sin *El capital* estamos tan huérfanos intelectualmente como lo quedaríamos sin *El segundo sexo* de Beauvoir, *La distinción* de Bourdieu o *Clases* de Erik Olin Wright. Nada más, lo cual es mucho; mas desgraciadamente la nueva escolástica alrededor de *El capital*, vinculada a la muy particular inserción de Marx en la muy textualista filosofía española, tendió a pasar por encima de todo cuanto vuelve a Marx claramente insuficiente. De ese modo, Marx fue una pantalla e incluso un instrumento de ceguera colectiva. Marx fue parcialmente consciente de la complejidad social y política de las formaciones sociales capitalistas. Pero tales hallazgos se comprenden poco leyendo *El capital*, necesitan encontrarse en los textos políticos, desde *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte* hasta los trabajos sobre la Comuna de París. Sucede que de ese Marx sociólogo y crítico político cuesta extraer lecciones generales, lo cual dificulta el engrandecimiento campanudo que la gente atribuye en nuestro entorno a la condición de teórico. En *El capital*, Marx ayuda a comprender las desigualdades asociadas a la condición trabajadora, mas, aunque algo puede extraerse, se comprende muy poco sobre las vinculadas a la competencia horizontal para cerrar mercados y apropiarse de bienes bajo el paraguas de la exclusión cultural, asunto este fundamentalmente trabajado por la tradición weberiana: puede encontrarse un rastro en la discusión con Ferdinand Tönnies acerca de la diferencia entre comunidad y asociación en *Economía y sociedad* y en la sección dedicada a “Relaciones económicas abiertas y cerradas”. Toda la discusión sobre el capital cultural arranca de esa línea (sea o no correcto denominarlo siempre capital: yo pienso que hay que diferenciar en la descripción de la realidad entre recursos culturales y capital cultural). El drama procedía de que los agentes que se oponían al neoliberalismo se cegaban ante esos conflictos, porque, en tanto que eran universitarios o aspirantes, los acabarían protagonizando. Marx ayudaba a pensar sobre el capital que menos les concernía y les servía para olvidar aquella explotación, la del capital cultural, en el que se jugaban sus privilegios. No se trataba de que hubiera políticos malos —extractivos— frente a ellos preparados, buenos y generosos: se trataba de que los bienes sociales son más amplios que los que derivan de la posesión de medios de producción. Sabiendo además que los instrumentos financieros se habían extendido entra capas modestas, solo muy pocos en nuestras formaciones sociales tienen que perder nada más que sus

cadena. Y aunque carezcan de instrumentos económicos tienen, como poco, credenciales educativas y aspiraciones vinculadas a estas. Mario Rodríguez Tauste señala la posibilidad de que la dominación política sea mayor cuando un movimiento social representa a los social y culturalmente desposeídos. Estoy de acuerdo con él, aunque insisto en que, aunque comprendemos mal a las personas con enormes carencias, fallamos sobre todo por no comprender la miríada de posiciones donde los agentes son a la vez explotadores y explotados. La empresarialización de la existencia solo es posible porque los sujetos se consideran depositados de un fondo de inversión económico, cultural o de relaciones. La degradación de las relaciones humanas que conocemos, no solo en la política, resulta inseparable de los estilos de comportamiento configurados por lo que el filósofo Lucien Sève (1973: 241) llamó matrices de actividad disponibles en cada formación social. Sin ánimo de exhaustividad, esas matrices de actividad pueden enunciarse como siguen: el comportamiento seductor y amenazante, arribista e impartidor de lecciones, las entradas y salidas en los espacios políticos culturales o emocionales, la psicología del acosador que se declara víctima de trauma, el exigente con los demás que jamás cumple sus compromisos. Toda esa panoplia, cuando descontamos etiologías mentales complejas, emana del *humus* cultural del keynesianismo de precio de activos y de la pugna por convertir cada territorio en fuente de explotación.

Los pocos y los mejores, en cierta medida, participan de ese renacimiento del marxismo. Como ve con acuidad Sebastián Martínez Solás, propone una teoría socialista de la democracia, lo cual no era difícil de prever dada mi biografía. Para ello definiendo una visión ampliada de la explotación, no solo restringida a lo económico —y que por lo demás defendieron Marx y Engels en *La ideología alemana* y es fácil de detectar en *El capital* (Moreno Pestaña, 2024). *Los pocos y los mejores* lo desarrolla en el capítulo segundo.

La teoría ampliada de la explotación intenta comprender la lógica de esas matrices de actividad. Estas convierten la vida en general en un infierno cínico y si se impusieron políticamente es porque tenían enfrente un modelo político terrible y merecidamente poco atractivo: el leninista. El modelo leninista consiste en dos claves básicas. La primera es la incorporación a la política de un modelo de gestión empresarial fordista. La segunda es el progresivo control de todas las esferas del individuo, su introducción en una institución total (Lefort, 1999: 71-72). Los efectos políticos se describen en *Los pocos y los mejores*: el leninismo es un vivero de creación de capitalistas políticos especializados en el control obsesivo, la disposición morbosa de la existencia ajena y el maltrato psicológico. Los estragos políticos y morales del leninismo son enormes y la prueba es la cantidad de existencias dañadas dentro de organizaciones que son como empresas familiares, bastante

ineficaces, pero que aún proponen retribuciones económicas y simbólicas. En este periodo hemos conocido hibridaciones entre las matrices de actividad leninistas y las empresariales. También hemos contemplado la facilidad con la que los leninistas se convierten o se hermanan en algunas de las especies de fascistas postsoviéticos. Era fácil de prever. Al fin y al cabo, ambos dispositivos políticos proporcionan el placer de mandar con buena conciencia y de escudriñar las vidas ajenas, así como el de descubrir al enemigo entre los próximos. Cuando un agente saborea esa matriz de actividad, y la convierte en un paradigma, se encuentra irremediabilmente perdido para la política democrática.

Pongo un ejemplo de las hibridaciones entre matrices empresariales y leninistas porque cualquiera conoce los corrimientos del leninismo hacia variedades del fascismo nacionalista. Íñigo Errejón (2021: posición 1636) nos cuenta en su obra *Con todo* cuando se perdió la franqueza en Podemos. Fue al dejar de reunirse un grupo de conocidos (20-30 personas) en la casa de Pablo Iglesias en el Valle del Tiétar. Con esa idea de lo que es deliberar y de lo que es integrarse en una red política, hasta el liberalismo oligárquico —que al menos defiende *con razones* la existencia de las elites— aparece como un dechado de espíritu democrático. Resulta fácil ver la mezcolanza entre buena concepción vanguardista y acciones de cúpula empresarial. Es el universo imaginario de lo que Durkheim llamaba solidaridad mecánica, centrado en los contactos interpersonales y en el que no existen procesos de diferenciación entre divisiones personales, a menudo completamente agresivas, y relaciones políticas cuya calidad se mide por la capacidad de tejer vínculos con los que te caen mal. Con débil sentido de la diferencia —por ejemplo, entre el acuerdo político y el reconocimiento intelectual, la calidad militante y la simpatía personal—, la política solo puede funcionar por medio de una presión constante, tremendamente autoritaria y centrada en la reproducción de las relaciones personales, las cuales son buenas mientras uno está dentro y pésimas cuando te excluyen. Frente a lo cual, se alza la solidaridad orgánica donde, por conocer la diferencia entre —por ejemplo— entre la política y la academia, la solidaridad no tiene que pasar por el espacio de las cortes personales y no requiere del contacto constante con los jefes (Allard, 1971). Durkheim ayuda a comprenderlo, y, si yo interpreto bien a Gramsci, así hay que entender su modelo de partido democrático —¡con solidaridad orgánica, no mecánica!— pero todo esto pasaba desapercibido en el universo de comentaristas de *El capital* o de hermeneutas schmittianos de Laclau. Y pasaba desapercibido en los mejores casos. En los peores, la cháchara sobre la “subsunción” o los “significantes flotantes” servía para ocultar el clientelismo y la búsqueda de rendimientos del capital social.

Mientras esta lógica de vanguardia esclarecida/secta empresarial no desaparezca, tendremos el mismo tipo de prácticas políticas. Aquí me refiero a Errejón, pero sus enemigos actúan igual y a veces hasta peor que él. Una de las experiencias más divertidas en todos estos años la proporciona la relación con el sorteo. Lo reivindica la gente que no tiene poder o va perdiendo y, en cuanto lo adquiere, lo olvidan o lo reducen al ridículo. No es un problema de hipocresía. En las matrices de actividad empresariales-leninistas se buscan bazas para diferenciarse y agrupar descontentos y, cuando cambian las tornas, el problema básico es contener al enemigo interno que nos disputa el mercado: el sorteo y la innovación llegarán luego, cuando se masacre a los competidores. Por supuesto, no llegan nunca y solo queda la bronca interminable.

Debemos defender otra práctica de la política, pero para eso tenemos que imponernos un trabajo exigente intelectualmente, el cual solo puede ser colectivo. También debemos afrontar un trabajo político donde la reforma intelectual y moral adquiriera algún viso de realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLARD, E. (1971): “Émile Durkheim et la sociologie politique”, P. Birnbaum, F. Chazal, *Sociologie politique I*, París, Armand Colin.
- ERREJÓN, I. (2021): *Con todo: de los años veloces al futuro*, Barcelona, Planeta. Edición Kindle.
- LEFORT, C. (1999): *La complication. Retour sur le communisme*, París, Fayard.
- LÓPEZ, I, RODRÍGUEZ E. [Observatorio metropolitano] (2010): *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad en la onda larga del capitalismo hispano*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2024): “Los enigmas de la esfinge y el capital político. Qué podemos aprender hoy de la lectura de Marx/Engels sobre la Comuna de París”, *Argumenta Philosophica*, 2024/I, pp. 17-34.
- MORENO PESTAÑA, J. L., COSTA DELGADO, J. (2023): “Introducción”, *Todo lo que entró en crisis. Escenas de clase y crisis económica, cultural y social*, Madrid, Akal.
- SÈVE, L. (1973): *Marxismo y teoría de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

Recibido: 11.05.2024

Aceptado: 30.10.2024

José Luis Moreno Pestaña es profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Granada. Es Director de la Cátedra Extraordinaria Filosofía Social de la Discriminación Corporal (Inmujeres-UGR). Estudia los procesos de configuración histórica de la norma académica en filosofía, la violencia simbólica y laboral sobre el cuerpo y la renovación de la democracia contemporánea a través de procedimientos de la democracia antigua. Ha publicado *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo* (2006, éd. fr: *En devenant Foucault*), *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico* (2008), *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social* (éd. fr. *La classe du corps. Morale corporelle et troubles alimentaires*, 2010), *Foucault y la política* (2011, éd. fr. *Foucault, la gauche et la politique*), *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (2013), *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios* (Akal, 2016), *Retorno a Atenas. La democracia como principio antioligárquico* (2019) y *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político* (2021). jlmorenopestana@ugr.es